

---

# CRISIS VASCA DE LEGITIMIDAD

---

## José Ramón Recalde

---



# 6

---

**El atentado que costó la mutilación al niño Alberto Muñagorri es un símbolo de la crisis moral que resquebraja a la sociedad vasca.**

1. Esta frase, utilizada como introducción a nuestra exposición, puede ya ser objeto por parte de los lectores de dos enjuiciamientos: el primero, sobre su utilización dialéctica y retórica; el segundo, sobre lo que en ella se afirma. Ya es un síntoma que esto ocurra, y que ocurra, además, en este orden, pues revela que, según las distintas ideologías, se pensará en la desgracia del niño Muñagorri como algo de cuya manifestación hay que de-

fenderse o como algo que es preciso exponer para conseguir un objetivo. Y no es que haya que negar esta dimensión del debate político y menos hay que buscar una posición intermedia entre las dos actitudes posibles; pienso, por el contrario, que es preciso emplear este argumento para convencer a los vascos del horror de la vía violenta. Pero no cabe duda de que esta dimensión —utilización o defensa— de la desgracia del niño, colocada antes de la

consideración de la desgracia individual y colectiva que supone, es una muestra de la enfermedad moral de nuestro pueblo.

Otra muestra de lo mismo es que se haya entrado en el debate sobre si es a la Policía Nacional o a la Municipal a quien corresponde la responsabilidad de no haber retirado a tiempo el explosivo que hirió al niño y que se haya ocultado o silenciado la responsabilidad del autor. Una parte de la población, por maniqueísmo dogmático, y otra, por temor, han reproducido en este momento, o bien la ética de la doble medida, o bien la actitud de cobardía que están caracterizando a la sociedad vasca. No vamos ahora a negar el hecho de la violencia en política; ni siquiera que la violencia ha sido, y es, en circunstancias, liberadora. Pero la violencia produce víctimas y el que la practica y los que la so-

portan deben asumir esta consecuencia. Que públicamente ETA no asuma más que las víctimas previamente seleccionadas, y que una población cobarde reduzca

su protesta al susurro, revelan el dato de que esa violencia —la pretendida guerra— en lugar de ser una práctica popular de liberación es una usurpación despótica de la voluntad popular. Le faltan las bases de la legitimación política.

2. La crisis moral es, por una parte, el resultado del desarrollo autónomo de una ideología nacionalista radical pero, por otra, se sostiene sobre una crisis económica de la que no ha sido causa pero que contribuye a mantener. Probablemente estamos asistiendo en Euskadi al final de una era económica. De ser el impulso de la expansión, una de las pocas zonas que permitían acercar la economía española al centro del desarrollo del capitalismo avanzado, está pasando la economía vasca a tomar las características de la depresión y el país se está despegando peligrosamente del centro e integrando en una semiperiferia. El hundimiento de la industria pesada vizcaína, la inadaptación de la

de transformación a la tecnología nueva y la no correspondencia entre el nivel tecnológico y el de salarios colocan a los productos vascos en difíciles condiciones de competitividad. Si esta crisis es general en toda España, en Euskadi se siente de forma más acusada pues el derrumbamiento vasco se produce desde una situación más alta y la depresión industrial afecta precisamente al país más industrializado, que se había abastecido hasta el momento de una importante fuente de trabajadores inmigrantes.

En un alarmante análisis dirigido al Gobierno Vasco, el economista Pérez de Calleja señala que la parálisis empresarial y el alza de salarios han provocado «una monumental crisis de productos y sectores esenciales». Entre el 50 % y el 75 % del capital industrial y de la tecnología están

obsoletos. El impulso sindical hacia el mantenimiento de los niveles salariales contribuye a crear dos subclases sociales: la de los obreros con trabajo y la de los parados.

Varias importantes consecuencias se producen para la población trabajadora: un índice de paro claramente superior en Euskadi al medio de España; la inversión en el flujo migratorio que en estos últimos años pasa a ser negativo; un empobrecimiento relativo, pues las rentas familiares disminuyen por la falta de acceso al trabajo de los jóvenes, el paro adulto y las disminuciones de las jornadas de trabajo; la división de intereses dentro de la misma clase trabajadora.

3. Mutaciones en la relación centro-periferia, nueva división internacional del trabajo, desorientación ética, crisis política de legitimidad, son situaciones percibidas como características generales de nuestra época y no como algo exclusivo de los vascos. Pero de lo que se trata ahora es de ver cómo esos rasgos comunes son referidos a nuestra condición y cómo algunos de ellos son sentidos de modo particularmente grave entre nosotros.

**Esa violencia, en lugar de ser una práctica popular de liberación, es una usurpación despótica de la voluntad popular: le faltan las bases de la legitimación política.**

(Naturalmente, guardando las debidas proporciones, pues sería una muestra más de etnocentrismo el entender que en el panorama mundial no se plantean otras crisis muchísimo más graves.)

Lo cierto es que la relativa gravedad de la crisis vasca procede de la confluencia de tres factores: uno de ellos es la inversión del ritmo del desarrollo capitalista en nuestro país; otro, la perduración de la ideología nacionalista radical etnocéntrica e insolidaria; otro, en fin, el modo particular como, derivado en parte de los factores anteriores, se vive entre nosotros el replanteamiento general de la legitimidad nacional e institucional.

4. Afirmer una nación quiere decir postular un cuadro comunitario de legitimidad. Aunque los hombres pertenezcan simultáneamente a diversas comunidades, por el hecho de valorar a una como referencia de la identidad nacional, por el hecho de afirmarla como nación, la han primado entre las otras, pues plantean en esta dimensión los derechos a la autoafirmación cultural y política. Es posible, desde luego, que los hombres no quieran definirse, ni con respecto de su cultura, ni con respecto de su política, como miembros de una sola nación. Es, incluso, deseable que así suceda, puesto que sólo de esta forma se pueden vencer las dos tendencias negativas de los nacionalismos: el etnocentrismo y el estatalismo o aspiración a hacer corresponder biunívocamente Estado y nación. Pero aunque posible y deseable, la ideología que hace compatibles en una misma persona la pertenencia a varias naciones no es frecuente y, desde luego, no se da de modo general y masivo entre los vascos. Los vascos continúan viviendo, sin resolverlo, el viejo conflicto entre la crisis nacional española y la constitución de la moderna sociedad vasca. Crisis agónica, diríamos al estilo unamuniano, porque se ha planteado desde dos posiciones irreconciliables que se repro-

**Los vascos continúan viviendo, sin resolverlo, el viejo conflicto entre la crisis nacional española y la constitución de la moderna sociedad vasca.**

ducen: de una parte desde la afirmación agresiva y repetidas veces agresora de la unidad de España, como programa que niega la afirmación nacional vasca; de otra parte desde la postulación de una esencia histórico-étnica vasca como sustancia o, por lo menos, como núcleo nacional. Esta batalla ideológica y política se ha vivido no sólo entre los vascos y los no vascos; también ha dividido al conjunto del pueblo vasco. Con la consecuencia añadida de que ha ocultado la vía de solución. Esta ha de producirse, dentro de nuestro pueblo, reelaborando críticamente la idea de nación, haciéndola corresponder a la nueva sociedad que, si bien tiene una línea de continuidad claramente señalada —una cultura tradicional— tiene también unos factores de transformación fundamentales —trabajadores inmigrantes e industrialización. De la asunción de estos elementos depende la correcta definición de la nación vasca.

Entendida la nación desde un núcleo tradicional provoca una importante crisis de legitimidad. En efecto, desde el etnocentrismo la definición del «espacio nacional» está ya predeterminado —los demás sólo tienen el derecho de incorporarse a él, pero no el de negarlo—; desde el estatalismo, la nación se formula como una pretensión a la independencia estatal o si no, por cautela o por posibilismo, como reproducción de la ideología pactista medieval, tan diferente de la ideología del contrato social, cuya aspiración fue la legitimación del Estado moderno. La violencia de ETA es, desde este cuadro, la vía de hecho radical correspondiente a esta ideología.

5. La crisis de legitimidad institucional se añade a la nacional. También desde este aspecto es preciso referir al país vasco

una crisis general que afecta a la pretensión de justificación del Estado moderno. La pretensión legitimadora expresada en términos «hobbesianos» se sostiene en

dos postulados: el poder político se legitima por el argumento del pacto y por el de la utilidad. El poder es legítimo, por tanto, si los ciudadanos le dan su consen-

timiento y si les libra de males mayores. Considerada ahora la temática «hobbesiana» en la sociedad de clases del capitalismo tardío, aparece el Estado en una posición contradictoria, derivada del hecho de ser el campo institucional de la lucha de clases. Por una parte ha de presentarse como mantenedor del interés general, por otra es el aparato político del dominio de clases. En la medida en que la institución, en primer lugar sea aceptada por la sociedad de ciudadanos porque se le hace depender del control de designación democrática y, en segundo lugar, quede justificada por la función administrativa de redistribución de servicios, el Estado recibirá la legitimación que necesita. Las crisis económicas provocan, por el contrario, la pérdida de credibilidad porque la pérdida de su capacidad de redistribución de servicios provoca la puesta en primer plano de su función de conservación de un orden de clases.

En Euskadi, la crisis nacional se ha traducido en una disminución de la aceptación previa del Estado como marco político territorial; la crisis económica ha afectado profundamente al grado de aceptación de la función estatal de distribución de servicios públicos. La disminución de rentas familiares, la degradación del medio urbano, el paro y el flujo migratorio negativo han afectado de modo particularmente grave a las poblaciones de reciente inmigración y a los jóvenes. Esta es, probablemente, la más plausible explicación de la actitud rebelde y anarquizante en política, marginal culturalmente, que ha producido la circunstancial convergencia en el voto parlamentario y, sobre todo, municipal, entre el radicalismo nacionalista y ciertos sectores más desarraigados de poblaciones como Rentería o Hernani.

---

**La práctica del PNV para conquistar la hegemonía se enfrentará a dificultades objetivas que no pueden ser salvadas con un modelo de orden institucional.**

---

de legitimidad. Frente al Estado centralista y autoritario, un sistema estatutario de autonomías y de libertades constitucionales. Pero las crisis no se vencen solamente por la magia de unas leyes.

Dentro del orden constitucional se ha proyectado la hegemonía política del Partido Nacionalista Vasco que ha aglutinado electoralmente a importantes bases de la burguesía industrial media y pequeña y a masas de trabajadores de servicios, agrarios y, en menor proporción relativa, industriales.

¿Por qué se ha proyectado esta hegemonía? Por el juego de diversas circunstancias: por el factor ideológico aglutinante de un nacionalismo etnocéntrico; por el factor económico de crisis del sector industrial medio y pequeño que lleva a canalizar el voto pequeño burgués tras un partido cuyo tinte populista permite una identificación frente al gran capital; por el reflejo político de orden conservador, que ha presentado al Partido Nacionalista como el único capaz de implantar un orden en la sociedad vasca.

Ahora bien, la hegemonía no es algo que se conquista solamente con unos resultados electorales. Es también una práctica de dirección política y social. Para ello ha iniciado el PNV una política sistemática de ocupación tanto del «establishment» político surgido del recién estrenado régimen autonómico como de los puestos sociales relevantes. Peligrosa línea de concentración de poder que, a medio plazo, puede producir unos efectos muy diferentes de los pretendidos. Pronto va a quedar patente que la práctica del PNV seguida para conquistar la hegemonía se enfrenta a dificultades objetivas que no pueden ser salvadas con su modelo de or-

6. La nueva organización del poder, que ha surgido del postfranquismo, ha creado un campo de respuestas en principio acertado para enfrentarse a las crisis

den institucional. Ni tiene fuerza para asegurar su orden como orden de la comunidad y, por tanto, el mismo reflejo conservador que ha llevado a tantas gentes a votar por él les llevará a abandonarlo; ni tiene capacidad para resolver los problemas económicos estructurales de la industria vasca, y los intereses de las clases afectadas habrán de optar por la renuncia a la pretensión de dirección económica de la sociedad; ni puede ofrecer, tras su ideología etnocéntrica, un modelo nacional en el que puedan integrarse los distintos sectores de la sociedad vasca. El triunfo electoral aún concederá al PNV, durante cierto tiempo, capacidad de maniobra en situación dominante. Pero si la hegemonía la entendemos como la efectiva dirección política con un modelo político y social colectivo, el PNV no es capaz de presentar tal modelo, ni como directivo ni como colectivo.

7. La elaboración de una política en el País Vasco que pueda aspirar a la construcción de una hegemonía popular ha de proporcionar bases de legitimidad en tres campos. *Un modelo socio-económico de redistribución de la plusvalía*, lo que implica una conciencia de clase unitaria en el ámbito español para llevar adelante: una efectiva lucha contra el paro; un programa de desarrollo económico; un control popular del Gobierno y de la Administración; proseguir la reforma fiscal, y planificar, de modo redistributivo, los servicios públicos. *Un modelo democrático de orden y de libertades*, lo que implica una conciencia clara de los derechos del individuo y de la solidaridad de la condición de ciudadanos para saber, por una parte, luchar contra el neautoritarismo del Estado, promover las libertades, acabar con los abusos de poder que se ejercen desde las instituciones —en especial, la tortura y la detención arbitraria—; pero también para aspirar a que la fuerza sea sólo el ejercicio legítimo del poder legal y no la usurpación de la voluntad popular por parte de minorías o de «poderes fácti-

cos». Un *modelo nacional integrador*, lo que implica una conciencia clara de autonomía para construir, en Euskadi, de una sociedad transformada que ha generado dos polos nacionales con tendencias antagónicas, una nación común como proyecto volcado al futuro y no fijado en el pasado; de un campo de luchas entre un nacionalismo centralizador y un nacionalismo etnocéntrico, un modelo de pueblos solidarios; para entender, en suma, la democracia como el acercamiento de la voluntad general a las distintas áreas en las que los hombres construyen sus comunidades.

Poco cuesta escribir el párrafo anterior con el que pueden estar de acuerdo distintas organizaciones políticas, como programa político y propagandístico. Pero es más difícil confrontar tal programa, en primer lugar con las posibilidades de los

**Es impensable que ningún grupo político, fuera del PS, pueda desarrollar una política socio-económica española o una política unitaria de democratización en el ámbito estatal.**

distintos grupos populares y, en segundo, con la política concreta que van realizando.

En cuanto a las posibilidades de tal programa, dos objeciones se imponen. La primera es que las tendencias integradoras dentro del pueblo vasco han experimentado hoy tan sensible paralización que resulta difícil imaginar que un grupo político, aún cuando esté animado de una gran voluntad unitaria, de hecho logre encuadrar detrás de sí más que a sectores populares de una de las dos tendencias nacionales en presencia: la «abertzale» o la hoy marginada del proyecto nacional vasco. La segunda es que resulta altamente improbable que ningún grupo político, fuera del Partido Socialista, pueda estar en situación práctica de desarrollar una política socio-económica en el ámbito estatal: la debilidad del Partido Comunista y la limitación de Euskadiko Ezquerria al ámbito vasco se lo impiden.

En cuanto a las realizaciones concretas que, dentro del campo de sus posibilidades, pueden presentar los di-

ferentes grupos políticos, también cabrían algunas consideraciones. Si otros grupos populares no pueden llevar a cabo una función hegemónica en el ámbito de la legitimidad socio-económica y democrática, lo que da al Partido Socialista una posición de superioridad para esta tarea, este partido no ha comprendido que la crisis vasca es precisamente una crisis de las razones de legitimación del Estado y que, frente a la quiebra de los argumentos legitimatorios del poder, no cabe la repetición de la política autoritaria y centralista sino que es preciso fortalecer al pueblo con razones que puedan permitir la justificación de la autoridad. En lugar de aceptar hasta las últimas consecuencias la democracia y la autonomía ha cerrado filas, por razones tácticas, aún a costa de que su triunfo español vaya unido a la perduración de la crisis vasca. Este sentido tiene el abandono programático del principio de autodeterminación, la escasa oposición a los suplicatorios por supuestos delitos de expresión de parlamentarios de Herri Batasuna, la exigencia del juramento de acatamiento a la Constitución y

la torpeza con que se ha llevado todo el proceso político de la LOAPA. El callejón sin salida en el que se encuentra hoy el pueblo vasco es el siguiente: no hay grupo político distante del Partido Socialista que pueda llevar adelante una política popular en condiciones hegemónicas, pero el desacierto de este partido en asumir su compromiso en el ámbito vasco se lo está impidiendo también a éste.

Mientras tanto se reproducirán las situaciones escindidas que estamos sufriendo. Dentro de nuestro territorio se seguirá afirmando la dirección política del PNV, a costa de la perduración de los factores centrífugos nacionales y de la inoperancia de su política económica de clase. Y la izquierda perpetuará la división entre una corriente «abertzale», tendente a limitar el campo de lucha de clases al territorio vasco y otra no «abertzale», apartada de la posibilidad de integración en un proyecto nacional vasco que sea elemento indispensable del proyecto nacional español.